

cuanto este hubo entrado pacíficamente en la población de Cauca (hoy Coca), distante ocho leguas de Segovia, que se arrojara sobre el pueblo, sin que este hubiese dado motivo alguno para tal atropello: 20,000 personas indefensas fueron asesinadas, y la ciudad entregada á un horroroso saqueo. Cuando á consecuencia de esta infamia, no castigada por los romanos, todo el mundo huía y no era ya posible coger botín alguno ni conquistar las plazas fuertes de los irritados vacceos, dirigióse Lúculo, á fines del año 151, á la Turdetania, en la parte meridional de la provincia Ulterior, reuniéndose en este punto con el pretor Servio Sulpicio Galba, hombre igualmente infame, que poco antes había sido completamente derrotado por los lusitanos.

Todavía debían ser estos severamente castigados. Durante el año 151 consiguió Lúculo matar, cerca de las columnas de Hércules, á unos cien marinos de este pueblo. Galba dió aun pruebas de mayor perfidia: despues de haber acosado á los lusitanos, persuadió á los caudillos de tres tribus de éstos á que aceptaran la proposición de dejarse conducir á la fértil comarca de la orilla derecha del Tajo, en donde el pretor prometió darles campos para que de esta suerte no se vieran precisados á vivir de la rapiña: 7,000 guerreros se prestaron á seguirle: Galba les dividió en tres secciones, les hizo dejar las armas y luego ordenó á sus soldados que se apoderaran de parte de ellos para reducirles á la esclavitud y que dieran muerte á los restantes. Muy pocos fueron los que lograron escapar de la matanza, pero uno de ellos fué el vengador de su pueblo, el valiente Viriato. La guerra fué luego menos activa en España, pues durante el año siguiente las legiones estaban hartas ocupadas en Macedonia y en Cartago. Los comicios romanos cometieron la gravísima falta de absolver al infame Galba, que en 149 había sido acusado por los tribunos de la plebe L. Scribonio Libo y L. Cornelio Cetego, auxiliados energicamente por Caton que á la sazón contaba 85 años. La elocuencia de Galba y de sus defensores, y mas aun la estratagemas de conmovir al pueblo por medio de sus desesperados hijos y pupilos y, según parece, de su oro, pudieron mas que la voz de la conciencia pública.

#### X.—MASINISA, ROMA Y CARTAGO. EL ANCIANO CATON

La venganza de los lusitanos debía estallar en todo su vigor al romper la rebelión en todas las comarcas que se extendían desde el Bagradas al Strimon. Precisamente cuando Galba cometía sus últimas crueldades en España, se había encendido la última guerra contra Cartago. El rey númida Masinisa, favorito por espacio de tantos años de los romanos, que durante su gobierno (que se prolongó hasta el año 149, cuando él contaba 90 años de edad) había civilizado no solo á su pueblo, sino también á los bereberes, que solo superficialmente conocían la civilización púnica, adiestrándoles en la agricultura y en el servicio militar, y dándoles la cultura cartaginesa, tenía casi completamente envueltos, por tierra, á los cartagineses. Su reino, cuyas capitales eran Cirta é Hippo Regio, se extendía desde las fronteras mauritanias hasta las cirenaicas, habiendo caído en su poder la misma ciudad fenicia de Gran Leptis. El proyecto de Masinisa que no dejaba de encontrar algunas simpatías entre una parte de los cartagineses, consistía en hacer de la gran metrópoli africana la futura capital de su reino. Es muy probable que el descontento con que los romanos verían estos propósitos, influyese en la sentencia de muerte pronunciada despues contra Cartago.

Por de pronto el vecino mas molesto que podía tener la capital púnica era Masinisa. Este, una vez vencido Perseo, encontró al Senado tan dispuesto como antes á proteger

sus conquistas en perjuicio de los cartagineses, lo cual irritó tanto mas á Cartago, cuanto poco á poco había conseguido progresar, así bajo el punto de vista económico como bajo el del número de habitantes. El golpe decisivo se dió cuando en 161 ó en 160 la comisión senatorial resolvió en pro de Masinisa la larga contienda sobre la rica comarca de Emporie. En virtud de esta decisión, Masinisa pudo apoderarse de estos territorios y los cartagineses hubieron de pagar una multa de 500 talentos «por la injusta posesión en que hasta entonces habían estado.» La consecuencia de esto fué que el rey númida arrebató á los cartagineses otra porción de sus dominios. La nueva comisión que en 157 se envió á Africa no consiguió concordia alguna.

Tal fué la ocasión de la última catástrofe que se cebó en la metrópoli africana. El anciano Caton, que en aquel tiempo era sin duda el hombre mas influyente de Roma, se había puesto al frente de la última comisión y había visto con gran disgusto el nuevo estado de esplendor en que se encontraba Cartago. Entonces renació en el pecho de aquel aguerrido veterano de la guerra de Anibal, con el recuerdo de los horrores de cincuenta años, todo el antiguo odio mortal contra Cartago. En aquel severo Porcio, la pasión del odio, que no había prevalecido en él durante la honrosa lucha que sostuvo contra la corrupción romana y contra aquellos mismos adversarios que eran sus enemigos personales, pudo en esta ocasión mas que todas las reflexiones que su razón le sugiriera, y mas que la consideración de que la destructora sentencia dictada contra Cartago por Caton, con una energía y fuerza de voluntad que no disminuían los años, daría gran preponderancia en Roma á todos aquellos funestos elementos de la nobleza y de la plebe que él había combatido tan energicamente y durante tanto tiempo. El anciano censor se conquistó en sus últimos años, con su gran prevision, nuevos títulos de gloria. Con razón se le ha considerado como uno de los oradores públicos mas importantes y mas persuasivos, cuyos discursos severos, prácticos, llenos de originalidad, de buen sentido, de fuerza, de fuego y de sentido moral, circularon profusamente. Bajo el punto de vista literario, adquirió también gran renombre por haber escrito un interesante libro sobre las faenas agrícolas romanas, y por haber publicado en 168 sus *Orígenes*, historia del pueblo romano desde los tiempos legendarios, que hacía referencia á algunas ciudades de Italia y que, separándose de la moda de escribir en griego, estaba escrita en latín. Desgraciadamente, este hombre importante, el primero en dar á su pueblo una obra histórica escrita en prosa latina, en la cual se habían de describir no pocos hechos gloriosos del autor, terminó su carrera política con una evolución deplorable.

#### XI.—ULTIMA GUERRA DE LOS ROMANOS CONTRA CARTAGO. ESCIPION EMILIANO

Era natural que el ejemplo y las teorías de Caton, que no cesaba de predicar la destrucción de Cartago, encontrasen entusiasta acogida en Roma. Todos cuantos participaban del antiguo odio de raza de los romanos contra los semitas africanos, todos cuantos no podían olvidar los horrores de la guerra de Anibal; y por último, todos cuantos contemplaban la rica ciudad comercial con ruda envidia mercantil ó simplemente con afán de rapiña, suspiraban ardientemente por el día en que debía pronunciarse la sentencia de muerte contra la antigua metrópoli africana. Algunos examinaban con cuidado las probabilidades de que un día pudiesen unirse Masinisa y los cartagineses y de que el audaz y afortunado caudillo númida llegara á formar, con la anexión de la poderosa ciudad, una potencia poco tranquilizadora para los romanos. Nadie, en cambio, tomaba en consideración la

idea de que el Estado cartaginés pudiera verse obligado á dejarse convertir en provincia romana. Su temible egoísmo, robustecido por el antiguo sistema, en virtud del cual era imposible que vivieran en paz los Estados fuertes, y que hacia que desde el golfo de Mesina no se tolerasen en las fronteras de los reinos, hasta mucho despues de la emigración de los pueblos germánicos, las tribus ó Estados que podían hacer una resistencia seria; y mas adelante la consideración de las muchas dificultades que ofrecía el gobernar, con los medios de la constitución existente, una provincia que, como Cartago, podía contener dentro de su territorio, toda una potencia, fueron causa de que los romanos, al ver que resucitaba la cuestión africana, se pusieran el siguiente dilema: ó la completa destrucción del antiguo Estado fenicio que de 700 años á aquella parte, y á pesar de los daños sufridos, continuaba siendo espléndido asiento de la civilización en el norte de Africa; ó el mantenimiento del *status quo*. Desgraciadamente en el año 160 había fallecido el noble Paulo Emilio; y el partido moderado dirigido por P. Cornelio Escipion Násica, yerno del vencedor de Zama, que tenía las tendencias tiránicas y el desbordamiento de su pueblo en cuanto desapareciese el último Estado que, sin ser peligroso para los romanos, moderaba sus ímpetus desde muy antiguo, no pudo detener por mucho tiempo la catástrofe. Aquellos políticos romanos que hasta entonces habían tolerado las fechorías cometidas por Masinisa contra los cartagineses, hubieron de reconocer que la paciencia púnica tenía sus límites. La justa indignación que los cartagineses sentían hácia sus pérfidos adversarios del Africa y de Italia, elevó de nuevo al poder al partido nacional de Cartago, que en el año 154 desterró de la ciudad á cuarenta de los principales partidarios del rey de Numidia, y con auxilio de los númidas libres, conducidos por un nieto de Sifax, organizó un fuerte ejército. Entonces intervino Roma por las vías diplomáticas y exigió el licenciamiento de las tropas; pero el pueblo de Cartago se hallaba irritado de tal manera, que la Gerusia no quiso acomodarse á esta exigencia. Cuando en el año 152 una comisión senatorial se hubo convencido de la gravedad que revestían los preparativos que llevaban á cabo los cartagineses, Caton exigió enseguida del Senado la declaración de guerra. Esta opinión no prevaleció; pero el Senado acordó secretamente declarar la guerra en el caso de que los cartagineses se negasen á licenciar sus tropas y á incendiar el material de su escuadra. Antes de que tal petición se hiciera á Cartago, ya había comenzado la lucha en el suelo africano, pues en el año 151 no había podido evitarse el rompimiento entre Masinisa y los cartagineses, á los cuales se habían unido dos caudillos, con 6,000 hombres, que habían abandonado la causa del rey númida. La suerte, sin embargo, no favoreció á las armas púnicas, pues su general Asdrúbal, á pesar de la superioridad de sus fuerzas, perdió una importante batalla que duró por espacio de muchas horas. Masinisa supo encerrar al ejército enemigo en una comarca desierta, y cuando Asdrúbal se vió obligado á rendirse á discreción, aceptando todas las condiciones que se le imponían, incluso el desarme de su ejército, el infame númida mandó perseguir en su marcha á los indefensos cartagineses, la mayor parte de los cuales fueron asesinados.

En el año 150 alumbraban ya la Macedonia las llamas de un poderoso levantamiento, lo cual proporcionó al partido que en Roma suspiraba por la destrucción de la capital africana, el deseado pretexto legítimo é incontestable para la guerra. Los cartagineses, faltando á una de las principales condiciones estipuladas en el tratado de paz de Escipion, habían emprendido una guerra sin consentimiento de los romanos. El Senado entonces decidió, conforme á los de-

seos de Caton, declarar la guerra á la indócil ciudad, y enviar al Africa un fuerte ejército. Ya todo estaba preparado, y los fenicios del Africa previeron la solución de la lucha: la fiel Utica abandonó á los cartagineses y se pasó completamente á los romanos. Abatidos por su derrota y espantados ante la decisión del Senado, esperaban los cartagineses evitar la amenazadora catástrofe sometiéndose prontamente á Roma. A este efecto fueron condenados á muerte los jefes del partido de la guerra, con lo cual creían los emisarios de la República que quedarían los romanos contentos. Pero el Senado, no se dió por satisfecho; quería aun mas, y á la pregunta que los embajadores hicieron acerca de la multa que debían pagar los cartagineses, se les contestó que ellos mas que nadie debían saberlo. Apenas los enviados hubieron salido de Roma (á principios del año 149), el Senado hizo la declaración de guerra, encaminándose á Sicilia los dos cónsules del año, Manio Manilio y Lucio Marco Censorino, con 80,000 hombres, 4,000 caballo y 50 pentereas. Su misión era embarcarse en Lilibeo para el Africa, llevando además la órden secreta de no detenerse ante obstáculo alguno y de destruir á toda costa á Cartago.

A los cartagineses les faltaba un hombre de Estado que tuviese inteligencia y energía suficientes para excitar á su pueblo á una resistencia á todo trance si no quería terminar una historia gloriosa de 700 años sometiéndose á todas las exigencias de los verdugos romanos, á una verdadera anulación política. Cartago creyó salvarse enviando á Roma una comisión compuesta de treinta de sus principales ciudadanos, investidos de plenos é ilimitados poderes, sin presumir que una sumisión incondicional, por horrorosos resultados que dar pudiera, llegara hasta el punto á que la llevaran los romanos. El Senado aceptó la rendición, exigiendo que dentro de 30 días le fueran entregados 300 rehenes: además, el territorio, la autonomía, las leyes, los bienes del Estado y los de los particulares debían ser dados en garantía para responder del cumplimiento de las demás órdenes que los cónsules, con instrucciones previas, comunicarían mas adelante á los cartagineses. Solo unos pocos de éstos, mas previsores que los demás, comprendieron toda la satánica dureza que las palabras romanas escondían. Los rehenes exigidos fueron enviados á Lilibeo. El ejército romano tenía su cuartel general en Utica, y desde allí se iban dando una tras otra las infames órdenes con las cuales los romanos, protegidos por su poderoso ejército, pensaban arrasar, sin apelar á la lucha armada, la capital africana. Cuando los cartagineses, por órden de los cónsules, hubieron entregado todas sus armas, entre ellas 3,000 piezas de artillería y 200,000 armamentos de soldados, los romanos de Utica declararon á la Gerusia púnica que, por mandato inapelable del Senado, la ciudad de Cartago debía ser destruida, pudiendo sus habitantes establecerse en otros puntos del territorio, con tal que estuviesen á dos millas de distancia del mar.

Cuando los gerusiastas púnicos, que en su desesperación pretendieron, aunque en vano, evitar esta inaudita infamia, regresaron aterrizados á Cartago, encendiéndose el pueblo en un furor inusitado. Los mensajeros de la desgracia y los gerusiastas que habían negociado la entrega de los rehenes y de las armas, fueron maltratados, y los itálicos y romanos que habitaban en la ciudad, asesinados. Pronto aquel salvaje fanatismo se convirtió en heroica decisión, y todo el pueblo de la poderosa ciudad se sintió inspirado por el pensamiento de defender hasta el último trance la patria querida, y de abandonar solamente á los romanos un montón de ruinas y un campo de cadáveres.

La nación en masa hizo los aprestos necesarios, apelando á todos los medios, para poder defender la ciudad del pri-

mer ataque. Los cónsules romanos, á los cuales se pidió un plazo de 30 días para enviar una embajada á Roma, accedieron á esta petición, esperando que así se calmara la excitación del pueblo. Los cartagineses, con una energía admirable, aprovecharon aquel tiempo precioso; un nieto del anciano Masinisa, Asdrúbal, dirigió la defensa; todos los esclavos fueron emancipados; el otro Asdrúbal, condenado antes á muerte con los 20,000 fugitivos, fué nombrado general en jefe; y en la ciudad todos trabajaron, sin distinción de edad, estado, ni sexo, para aprestar nuevas armas, piezas de artillería y proyectiles.

Cuando, por último, los cónsules romanos, que no sospechaban cuánta era la fuerza del desesperado pueblo cartaginés, se presentaron con su ejército para cumplir la orden del Senado, se encontraron con una poderosa fortaleza y con medio millón de personas enfurecidas, que habían resuelto oponer resistencia, con una energía todavía mayor de la que habían mostrado sus compañeros de Tiro, delante de las falanges de Alejandro.

Pronto echaron de ver los romanos que era necesario situar en regla la colosal ciudad, rodeada de gigantescas murallas, sitio que había de serles difícil á causa de los ataques del ejército de Asdrúbal que se encontraba en la fortaleza de Neferis, cerca del mar ó puerto tunecino (hoy el Bahira) que se extendía al Sudoeste de Cartago. El cónsul Manilio atacó la ciudad por el costado occidental, es decir, por el estrecho istmo de  $\frac{1}{8}$  de milla de ancho que une la península, en que se alzaba la ciudad, con el continente. Censorino, en tanto, operaba desde el mar, comenzando sus maniobras desde la lengua de tierra, ocupada hoy por el fuerte de la Goleta, que se dirigía de Cartago al Sur y que separaba el puerto tunecino del golfo. Desde este punto consiguió, no sin grandes esfuerzos, abrir una brecha en las murallas del Sur de la ciudad, que eran las que menos resistencia ofrecían; pero en cambio fracasó por completo el asalto que contra aquella intentó. Menor fué todavía el éxito de las empresas de Manilio. Los cartagineses le molestaron de continuo con sus salidas y lanzaron contra la escuadra romana proyectiles incendiarios. Al terminar la primavera, los romanos nada habían conseguido, y además, se habían enemistado con Masinisa quien, desde sus residencias de Cirta é Hippono, veía con despecho que la política del Senado no tendía á cederle á Cartago, y contenía á sus tropas auxiliares que, con el tiempo, habían de serle necesarias. Cuando poco después las elecciones parciales hicieron regresar á Roma á Censorino, el mejor de los dos cónsules, pudo decirse que la campaña estaba en realidad perdida, y tanto más, cuanto que un ataque intentado por Manilio contra Asdrúbal fué causa de una importante derrota del ejército romano.

Enfrente de Cartago solo un hombre había á la sazón que conservara el honor de las armas romanas: era éste un hijo de Paulo Emilio, á quien indudablemente puede considerarse como el mejor de los nobles romanos de aquella época. El vencedor de Pidna estaba de antiguo en íntimas relaciones con la noble familia de Escipión: una de sus hermanas se había casado con el heróico Africano; y su propio hijo, que le había acompañado, á la edad de diez y siete años, en la expedición de Pidna, fué adoptado por Publio, primogénito del vencedor de Zama. Escipión Emiliano, fué, pues, el llamado como su antecesor Publio Cornelio á realzar en Africa y en España el honor de las armas romanas. Formal, firme y sensato como su padre, sano de alma y cuerpo, enérgico, claro y conciso en sus decisiones, había sido serio y austero durante toda su juventud. Libre de la corrupción que se notaba entre los jóvenes nobles de su época, mancebo de intachables costumbres y de honradez probada, aficionado á la caza, soldado va-

liente y mas adelante experto capitán, se había familiarizado con los mejores tesoros de la civilización griega, y llegó á ser con el tiempo un elocuente orador político. Dos griegos formaron su educación militar: su escritor favorito, el gran general Jenofonte, y el aqueo Polibio, que á pesar de la decadencia de su pueblo en aquella época, era uno de los mejores ciudadanos de su país, conservaba la energía y el sentido moral de una naturaleza verdaderamente arcadia, y al ser conducidos los mil aqueos á Italia, había obtenido, por la influencia del vencedor de Pidna, autorización para permanecer en Roma. Polibio vivió, durante muchos años, en casa de Paulo Emilio, y por sus excelentes cualidades, educación científica y experiencia militar, fué el primer maestro de los hijos de su huésped, llegando á ser el amigo y consejero de Emiliano, con el cual tenía de comun la concisión, la claridad y el sentido racional práctico. Cuando uno de los Lelios se hizo el amigo mas íntimo del vencedor de Zama, Emiliano trabó amistad con Cayo, hijo de aquél, que ejerció, como maestro político, gran influjo en su joven amigo. El mismo Emiliano, reputado ya como uno de los romanos mas excelentes, sencillo en su vida y en sus costumbres, sin ambiciones, desinteresado, hombre cuya palabra y lealtad eran estimadas por amigos y enemigos, se había conquistado gran fama de buen oficial, cuando en el año 151 había militado en España á las órdenes del infame Lúculo. En Africa, en donde se encontraba en 149 con Manilio, había enmendado repetidas veces, como coronel, las graves faltas de su general, gracias á su talento y á su audacia. El mismo Catón, tan dado á censurar, había reconocido sus buenas disposiciones, y le había aplicado las célebres palabras de Homero: «El solo tiene entendimiento; los demás son solo sombras errantes.» Emiliano poseía un extraordinario talento diplomático.

A fines del año 149 murieron los dos enemigos mas irconciliables del Estado cartaginés; en Roma Catón, que bajó al sepulcro sin haber visto arrojarse los proyectiles incendiarios á los palacios de la metrópoli africana; y en Cirta el anciano rey númera Masinisa, á quien no le había sido dado apoderarse de Cartago, para convertirla en la capital de su reino. Según la voluntad del difunto príncipe, el hijo de la familia de los Escipiones se vió encargado de arreglar de un modo seguro la sucesión en el reino, que tantos descendientes se disputaban. Emiliano arregló las cosas en pro de los intereses romanos de tal manera, que solo tuvo en consideración á los tres hijos legítimos de Masinisa. Estos debían gobernar juntos, pero de suerte que el primogénito Micipsa, educado á la griega, tuviese las riendas del gobierno como rey supremo, residiendo en Cirta: Gulusa fué nombrado general en jefe del ejército y Mastanabal general de la caballería. Gulusa proporciónó á los romanos un buen contingente de caballería, y Emiliano supo inducir al general de caballería Himilcon Famaes á que abandonara la causa de Asdrúbal y desde Neferis se pasara á los romanos.

Esto último aconteció durante el año 148. Las ventajas obtenidas por el joven comandante no fueron, sin embargo, fructíferas para los romanos, pues los sucesores de Manilio, los cónsules L. Calpurnio Pison y Lucio Mancino, que mandaban el primero el ejército y el segundo la armada, nada consiguieron como generales en jefe. Alejados de Cartago, perdieron el tiempo en largos ataques, dirigidos, sin éxito alguno, contra ciudades marítimas, como Clupea é Hipo-Diarrito ó Zarito. Esto infundió nuevo valor á los cartagineses. El general Asdrúbal que, por motivos ignorados, acusó de traidores á los comandantes de la ciudad de Cartago y se deshizo de ellos, ocupó á una distancia de cinco estadios (un cuarto de hora) de la ciudad, el istmo, estableciendo en él un campamento fortificado, se asignó un poder dictatorial y dejó el ejército de

Neferis al mando de Diógenes. Al propio tiempo se aliaron los cartagineses con los insurrectos macedonios y con los príncipes númera Micipsa y Mastanabal, enemigos ya de los romanos, y consiguieron que un caudillo númera se pasara á ellos.

Este estado de cosas impacientó al pueblo y al Senado romanos, tanto mas, cuanto que en Grecia la sublevación iba tomando grandes proporciones. Pero cuando, en el año 147, Emiliano solicitó el cargo de edil, los romanos, teniendo en cuenta que era el único oficial que hasta entonces se había distinguido en Africa, y que pertenecía á la ilustre familia del antiguo vencedor de los cartagineses, le nombraron cónsul, á pesar de que, contando apenas 37 años, no había llegado todavía á la edad que, según la modificación introducida en 180, se exigía para el desempeño de tan importante cargo. Esta decisión le dió la dirección de la guerra de Africa.

Escipion Emiliano, se llevó consigo, como legados, á su fiel amigo Lelio y á su profesor Polibio, el cual, disgustado del estado de cosas que encontró en Grecia al regresar en 150 al Peloponeso, acudió gozoso al llamamiento de su amigo. Emiliano, llegó en 147 á Utica y hubo de apresurarse á salvar á las tropas de Mancino que se encontraban en una situación muy comprometida. Este inepto general se había posesionado de un peñasco al Norte de Cartago, junto al cabo Cartagine, cerca del arrabal de esta ciudad llamado Magalia, que tenía una fortificación mas débil, intentando desde allí penetrar en dicho arrabal; pero, derrotado completamente, hubo de refugiarse de nuevo en aquel peñasco, en donde, falto de todo auxilio, se encontraba expuesto á grandes peligros. Afortunadamente sus tropas fueron salvadas por la pronta llegada del nuevo general, que pudo seguir tambien posesionado del peñasco. Escipion Emiliano, luego que hubo enviado á Mancino á Roma, mandado regresar al territorio de Cartago al ejército de Pison, y restablecido el orden y la disciplina en el campamento, decidió coger, como vulgarmente se dice, al toro por los cuernos. Gracias á un plan excelente y á su enérgica dirección, consiguió muy pronto arrojar á los cartagineses de Magalia y obligar á Asdrúbal á que abandonara sus posiciones del istmo. La ciudad, sin embargo, á pesar de que no pocos habían logrado escaparse de ella, contaba todavía 30,000 guerreros que se resistían tenazmente. El cónsul, en vista de las circunstancias, cercó de tal manera con sus tropas el istmo, que por este lado ningun auxilio podían esperar los cartagineses. Esto hecho, era preciso cortar toda comunicación por mar: y para este objeto, y no sin inauditos esfuerzos, cerró Escipion la angosta entrada del puerto exterior ó comercial, que se encontraba al Sudeste de la ciudad y daba ingreso al puerto interior ó de guerra, conocido con el nombre de Coton, construyendo en ella un formidable dique. Pero cuando, á los dos meses, terminó tan importante obra, los cartagineses habían ya abierto en su puerto comercial un canal que, dirigiéndose al Este, les conducía al golfo, y por el cual desembocó en el mar la escuadra nuevamente construida, compuesta de cincuenta buques y un gran número de botes. Por desgracia suya, esta escuadra no atacó en seguida á la romana; y cuando á los tres días intentó este ataque, solo consiguió un éxito mediano. Al regresar la escuadra cartaginesa por el canal, sufrió, á pesar de su audacia, y á causa de los obstáculos que los romanos oponían á su paso y del ataque por retaguardia, tales pérdidas, que ya no pudo aventurarse á hacer otra salida. La enérgica y á menudo afortunada resistencia de los cartagineses no pudo evitar que los romanos se fueran paulatinamente fortificando en el muelle del puerto exterior, de suerte que Cartago se halló al fin completamente incomunicada. Mientras el hambre, la miseria y la peste hacían estragos en

## XII.—ASALTO Y DESTRUCCION DE CARTAGO. AFRICA PROVINCIA ROMANA

Por último, al terminar la primavera del año 146, Emiliano dirigió sus ataques contra el interior mismo de la ciudad: entonces los cartagineses abandonaron el puerto comercial, incendiando todas las casas que en él existían. Aprovechando la confusión que esto produjo, Cayo Lelio, mientras Asdrúbal procuraba mantenerse en Coton, consiguió penetrar por otro lado en este puerto interior, sin que apenas opusiera resistencia la guarnición, que comenzaba á sentir los horrores del hambre. Posesionados ya de Coton, los romanos se precipitaron hácia el gran mercado de la ciudad, desde cuyo punto tres angostas calles con casas de seis pisos conducían á la antigua Acrópolis de Birsa, en donde se trabó un último y sangriento combate. De casa en casa, de piso en piso, pasando por los tejados, y derribando paredes, hubieron los romanos de hacerse paso con la espada y el pilo al través de los montones de cadáveres de los vencidos cartagineses. Cuando, después de sangrientas escenas, hubieron terminado estos combates parciales, Escipion mandó derribar é incendiar todas las casas de las calles conquistadas, á fin de tener espacio libre suficiente para apoderarse de la poco menos que inexpugnable ciudadela. No tuvo, sin embargo, que apelar á esta nueva lucha, pues á los siete días de haber penetrado los romanos en la ciudad, rindiéronse los habitantes que habían podido salvarse y á quienes se perdonó la vida. De 700,000 cartagineses solo quedaban 30,000 hombres y 15,000 mujeres: los que no habían podido evadirse, perecieron víctimas de la lucha, del incendio, del asesinato, del hambre ó de la peste. Solo 900 desertores romanos, que no podían esperar gracia alguna, y el general Asdrúbal con su familia, se refugiaron en el templo de Esculapio, que se alzaba en la parte mas alta de la ciudad. Cuando estos guerreros, acosados por el hambre y presa de horrible desesperación, incendiaron el templo, Asdrúbal perdió el valor que hasta entonces no le había abandonado, y huyendo de aquel asilo, fué á arrojar á los piés de Escipion, solicitando y obteniendo gracia del caudillo romano. Su altiva esposa, que no quiso sobrevivir á la destrucción de Cartago, se arrojó con sus hijos, como última víctima expiatoria de esta espantosa catástrofe, á las llamas que destruían el santuario.

La ciudad de Cartago fué completamente saqueada por los romanos; y habiendo sido desechada por el Senado la petición de Emiliano y de Escipion Nasica, que rogaban no fuera por lo menos demolida la ciudad, el antiguo odio mortal que los romanos sentían hácia Cartago y la codicia mercantil del partido de los comerciantes, dictaron la orden de que aquella poderosa ciudad desapareciera por completo de la superficie de la tierra. Por espacio de diez y siete días la ciudad fué entregada á las llamas, hasta que todo quedó reducido á cenizas; hecho lo cual el arado surcó el espacio que poco antes ocupara Cartago, y el suelo fué maldecido para que nunca mas pudieran en él levantarse edificios ni sembrarse granos. Esta cruel victoria fué aprovechada políticamente: los príncipes númera no participaron del botín, pero en cambio el Senado convirtió el resto del territorio que en 149 poseían los cartagineses, en una nueva provincia romana, que tomó el nombre de Africa y cuya capital y residencia de un pretor fué Utica, que se extendía desde la desembocadura del río Tusca, hoy Qued Zain ó Berber, y desde la isla de Tabarca hasta Thene, junto al golfo de Gabes. Utica heredó una